

## CAPITULO VII.

### FISONOMIA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA.

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organización política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilización de España.

«Si los iberos, dijo ya Estrabón <sup>(1)</sup>, hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtiberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español. Le faltó esplanarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por dis-

(1) Lib. III.

tintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habian de oponer una resistencia compacta á extranjeros mas civilizados, mas disciplinados y mas astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercebir de las ocultas miras de dominacion de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, lograran establecerse sin oposicion en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fé con la política y la astucia, ni atraerse la admiracion y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto contruidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extraccion de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con

los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse también menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinación y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traían. Mostrábanse amigos, ofrecían y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores habia hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que después los habían de sojuzgar. La imaginación de aquellos hombres ignorantes no podía alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amilcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó también la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominación estrangera capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiado-

res parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual sin embargo arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones estrañas que veremos irse prolongando por espacio de más de veinte siglos en este suelo perpetuamente de invasiones trabajado. Amilcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrubal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Anibal, el más atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los olcadas, en los carpetanos y en los vaccéos, pueblos que no querían dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y mas impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habían recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intención de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron

sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ulte-  
riores planes de dominacion, y tratara de atajarlos  
con energía, ¿Qué fueron, y qué se propusieron Indi-  
bil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas  
por los vencedores, parece los quieren representar  
por boca de Escipion como *unos ladrones, y capitanes  
de ladrones, que no iban sino á destruir, quemar y  
saquear los pueblos vecinos* (4); pero olvidáronse de  
que nos habian dejado tambien escritas las arengas de  
aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y  
ausetanos, en que espresamente declaraban que se  
levantaban á sacudir el yugo de los romanos, *que  
como los griegos y los cartagineses venian á quitarles  
su libertad y á imponerles con palabras dulces una  
servidumbre vergonzosa*. Muy fácil es á los vencedores,  
y mas cuando son los únicos que escriben, pintar co-  
mo aventureros ó como bandidos á los primeros que  
empuñan las armas para defender la independencia  
de su patria.

Pero por mas avisados que queramos suponer á  
aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos  
como entonces eran, las encubiertas miras de sus  
huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrande-  
cerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya  
el pais, se habian captado la alianza de otros españo-  
les, y la voz de independencia tenia que ser ahogada

(4) Tit. Liv. lib. XXVIII., c. 16.

como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que  
Estrabon señaló como la causa de haber perdido su li-  
bertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su  
ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino  
muy tarde los disfrazados designios de los pueblos in-  
vasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las  
dos repúblicas que se disputaban el señorío de España.  
Los cartagineses eran siempre los primeros á mover  
la guerra. Importábales poco, si les convenia, tener  
que violar para ello los tratados. Jamás los romanos  
tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de  
dominacion, pero con mas profunda política, cuida-  
ban siempre de no aparecer los infractores de los pac-  
tos ó convenios; esperaban á que otros los quebran-  
taran, ó los ponian en la necesidad de hacerlo, para  
aceptar despues la guerra con todas las apariencias de  
justicia, ó como defensa propia, ó como reparadores  
de ofensas hechas á sus aliados. Solo así se esplica la  
insistencia en seguir enviando embajadas al senado  
cartaginés, y de seguir pidiendo esplicaciones aun  
despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así  
se esplica la calma con que veian el sacrificio de su  
heróica aliada.

Distinta fué tambien su conducta con los españoles  
durante la guerra. Los cartagineses imponian gravo-  
sos tributos á los pueblos conquistados y los agoviaban  
con exacciones. Empleaban á los naturales como es-

clavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aun mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Anibal*, de uno de los cuales nombrado Babelo extraian diariamente, si no hay exageracion en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada dia. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedian á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar: y agotado el tesoro de la república, acudian los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábanse los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amilcar hace crucificar é Istolacio y á Indortes, gefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indibil, cabezas de una insurreccion contra los romanos. Anibal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habian peleado, y les devuelven todos

sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturgo, y este fué impuesto por una deslealtad horrible. Mas tarde habian de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entretanto deslumbraban y seducian con su estudiado proceder. Asi ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograran expulsar á los africanos.

¿Cómo á pesar de tan diferente trato militarono todavía tantos españoles en las banderas de Cartago? Era mas antigua su dominacion en la parte meridional de España; españoles y cartagineses habian combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habria engendrado mas conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y éstranos gefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habian de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organizacion política de los fenicios. Sábese solo que sus colonias constituian una especie de

república federativa, y que unidas á la metrópoli en una independencia mas voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban <sup>(1)</sup>. Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo exterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invencion de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseian conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observacion de las estrellas. Su principal ocupacion, la navegacion y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarian algo de su organizacion política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres <sup>(2)</sup>.

En las colonias de los griegos focenses prevalecia, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componian el senado, su cargo era vitalicio.

De la constitucion de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidian el senado y eran los jefes del gobierno dos *suffetos* <sup>(3)</sup>, elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas.

(1) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(2) Silio Itálico asegura que existian en su tiempo en España muchas costumbres de origen fe-

nicio, y se detiene á notar varias de ellas.

(3) En griego *juéces*: especie de reyes, que ejercian atribuciones semejantes á las de los dos cónsules de Roma.

La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducian á la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, solo los ricos podian aspirar á ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. A veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, despnes con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Habia un tribunal de *ciento*, que juzgaba á los *suffetos*, á los generales y á todos los magistrados. Este tribunal salvó á la república de toda tentativa de trastorno <sup>(4)</sup>.

Cartago, guerrera y conquistadora, tenia todas sus colonias sujetas á la metrópoli, que era su cabeza y su corazon, y el centro de su vitalidad, donde confluían las riquezas de todas; consistian estas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigian con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas era un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba

(4) Aristot. *Política*.

cada soldado griego ó campanio, galo ó español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es extraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoistas, sin generosidad, sin compasión y sin fé; que se cuidáran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fé púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial <sup>(1)</sup>. Cuando hicieron la paz con Roma despues de la derrota de Zama, sufrieron con resignación las condiciones mas humillantes; mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Anibal se echó á reir demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y á la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannon, ó sea la relación de la expedición marítima que de órden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de Africa como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética, cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago <sup>(2)</sup>.

(1) Heeren, sobre el comercio y la política de los cartagineses. Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas ó helénicas, cuyas estatuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, á quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fría crueldad de aquel pueblo. Ofrecían á Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes: en una ocasión viendo al enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias mas distinguidas: y hallándose Anibal en Italia, recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico: pasó su dominación como un pálido meteoro. Solo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con mas arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron mas influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma

le sirviese de introducción, una obra titulada: *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo y Discurso literario* sobre dicho *Periplo*. A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de extranjeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París.

del clima menos fieros que los del resto de España, y recibían con menos esquividad las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aun conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

## LIBRO SEGUNDO.

ESPAÑA BAJO LA REPUBLICA ROMANA.

### CAPITULO I.

LEVANTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACION ROMANA.

Desde 204 antes de C. hasta 150.

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indibil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Catón el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España.—Carteya.—Córdoba.—Causas de la prolongacion de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba.—Mataanzas horribles.—Indignacion de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecia que los españoles tenían derecho á esperar de los que se